

tra Señora de los Angeles. Los diamantes, topacios y granates, de que estaba guarnecido el sol, los regaló un prebendado de Durango.

SEPTIEMBRE.

No ocurrió nada de notable.

OCTUBRE.

Se descubrieron en las cercanías de Cuernavaca, las ruinas llamadas de *Xochicalco*.

Un individuo de San Juan del Rio, trajo un cuerno de carnero, que pesaba ocho libras cinco onzas, y tenía vara y media de largo.

NOVIEMBRE.

Partió Maria de Lara, vecina del Mineral de Asientos, tres criaturas á un tiempo. Están rollizas y sanas, y la madre las cria á las tres.

DICIEMBRE.

El día 23 se puso la primera piedra del palacio de Chapultepec.

ORDENANZA BÁRBARA DEL SIGLO XII.

En 1190 cuando Ricardo Corazon de León se dispuso á partir para la tercera cruzada á la cabeza de un ejército de 35 mil hombres, que debía reunirse con el de Felipe Augusto, jefe de esta expedición, publicó un reglamento de policía, para el gobierno de las tropas que debían embarcarse.

He aquí el texto de una ley que da una idea de la barbarie de esos tiempos.

10 El que mate á un hombre á bordo de un buque, será atado al difunto, y arrojados ambos al mar.

22 El que mate á un hombre en tierra, será atado al difunto y enterrado con el cadáver.

32 Al que legítimamente se le pruebe haber sacado un puñal ó otra arma cualesquiera para herir á otro, ó que de hecho lo haya herido, mediante efusión de sangre, se le cortará la mano derecha.

40 El que trabe riña con alguno, si no hubiese efusión de sangre, será sumergido tres veces en la mar.

50 El que injurie á otro, valiéndose de maldiciones, será condenado á pagar tantas onzas de plata cuantos sean los insultos que haya proferido.

60 Al que se le pruebe haber robado, se le reparará la cabeza, y se le rociará la cara con agua hirviendo, frotándosele despues con un cepillo ó otra cosa, y en este estado se le abandonará en alguna tierra desierta.

70 Que debería pensarse de un ejército de soldados cristianos, que era necesario intimidar con tan horribles amenazas!

CIENCIAS MÉDICAS. (*)

DEL USO DE LA BELLADONA COMO PRESERVATIVO DE LA ESCARLATINA.

El haber leído en el Siglo XIX de 6 de Mayo último, un artículo precedido del mismo rubro que éste, me hizo recordar que habia visto en una de las sesiones del tercer trimestre de la academia de medicina de Paris de 832, una apreciable esposicion sobre el mismo asunto. Como él es por su naturaleza interesante, no solo porque cuando la escarlatina ataca epidémicamente arrebatá millares de víctimas á los pueblos, sino porque aun no están los médicos en todos los puntos de acuerdo respecto de su tratamiento, útil será, me parece, su publicacion.

Las reflexiones que apunta el doctor *Schenk* relativas á los efectos dinámicos de la belladonna y otros agentes sobre la economía animal, sugieren inducciones sumamente importantes, no solo en orden al tratamiento precatorio y terapéutico de la escarlatina, sino que se hacen extensivas á otros fenómenos de la fisiología del hombre ó de la química orgánica, así en el estado de salud, como en el de enfermedad. (qué cúmulo de pensamientos no se presentan á la cabeza del médico observador, al meditar la solución que debe darse á las preguntas de aquel ilustre profesor? Ellas patentizan la necesidad de los descubrimientos de la química para los progresos de la medicina, y si no me equivoco, contiene tambien de un modo patente una idea profunda y acaso no explotada hasta hoy.

En estos últimos años, dice el artículo citado, se ha hecho una aplicación particular de las propiedades de la belladonna que merece llamar la atención, y detenernos un poco en examinar este punto. *Hahnemann*, celebre médico alemán y autor de la doctrina médica llamada homeopática, observó que habia alguna analogía entre los fenómenos de la escarlatina y los que produce el envenenamiento con la belladonna (sequedad de la boca y de la laringe, prurito en la piel &c.) y creyó que el uso de esta sustancia podría preservar de semejante enfermedad en los casos en que reinara epidémicamente. Fundado, pues, en esta idea analógica, emprendió algunos experimentos, que repitieron otros médicos en diversos países, principalmente en Alemania, y produjeron unos resultados tan curiosos como instructivos. El primero que siguió las huellas de *Hahnemann* fué el doctor *Schenk*, el cual dice que fué invitado por las autoridades civiles de la villa de

(*) Muy importante nos ha parecido este artículo, que debimos á la bondad de nuestro colaborador y amigo D. Juan N. Bolaños, tanto mas cuando que en estos días se han notado en la capital algunos casos de escarlatina.—E.E.

Hilschenbach, en el gran ducado de Berg, para que pasase á ella y reconociese la enfermedad epidémica que reinaba por los años de 1808, de la cual habian muerto algunos jóvenes de ambos sexos en muy pocos días: pedíasele tambien á este facultativo que indicase los medios mas convenientes para impedir la propagacion del mal. Fué con efecto, y halló todavía veinte y dos enfermos niños y adolescentes, que no llegaban á veinte años, en los cuales reconoció la verdadera calentura escarlatina, que distinguió muy bien de las otras afecciones eruptivas con que suele confundirse esta dolencia. Vinole al pensamiento ensayar el preservativo que habia publicado *Hahnemann* algunos años antes, y para esto le escribió rogando á este profesor que le mandase á vuelta de correo la instruccion exacta del modo de emplear la belladonna, ó que se la enviase ya preparada. El autor de este preservativo satisfizo sus deseos remitiéndole tres granos de extracto de belladonna preparados por él mismo, y al propio tiempo la siguiente explicacion: trítense estos tres granos en un mortero pequeño, con una onza de agua destilada que se les va añadiendo poco á poco, de modo que se hallen exactamente disueltos. A esta disolución se añade un compuesto de una onza de agua destilada y otra de alcohol purificado, meneándolo todo y dejándolo reposar. Se echa una sola gota de este líquido muy claro en un frasco que tenga tres onzas de agua destilada y una de alcohol rectificado, y se meneará muy bien, con lo cual quedará hecho el *licor preservativo*. A los niños que tengan menos de nueve años se les dará una gota, y á los que pasen de esta edad dos, echándolas en azucar, y de cuatro en cuatro dias, de modo que queden dos dias enteros sin tomarlas. *Hahnemann* concluyó su carta suplicándole que suspendiese la incredulidad que podría inspirarle una dosis al parecer tan insignificante, asegurándole que todavía la consideraba demasiado fuerte, porque traspasa todos los límites de la imaginacion la accion que pueden ejercer sobre nuestros órganos los medicamentos heroicos dados en cantidades infinitamente pequeñas, y al mismo tiempo le aconsejó que debian preservarse los niños de las conmociones vivas, y de las lesiones esternas; pero que no alterasen en nada su método ordinario de vida. Todo esto se observó escrupulosamente, y la autoridad mandó formar una lista de todos los habitantes que no llegaban á cuarenta años que no habian padecido aún la fiebre escarlatina, y vigiló la administracion del preservativo, que no se les dejaria de dar hasta nueva orden. Los resultados de estas precauciones se spuntaron con el mayor esmero por los médicos de la villa que para ello se comisionaron, y de quinientas vein-

te y cinco personas que tomaron el preservativo el 1.º de Mayo, las quinientas veinte y dos quedaron preservadas: las otras tres que tuvieron la escarlatina, fueron una madre con sus dos hijos, que no tomaron la belladonna mas que cuatro veces, y se habian espuesto mucho al contagio, viviendo en la casa de una mujer que habia muerto de la epidemia.

Aunque este experimento y otros que se hicieron en aquella misma época, prueban mucho en su favor del preservativo de *Hahnemann*, todavia no son suficientes para poder establecer su absoluta infalibilidad, y así se determinó que se siguiese el mismo curso de los experimentos cuando y donde reinase la escarlatina epidémicamente para poder poner este descubrimiento al lado del que hizo el famoso *Jenner*. Pero fueron tantos los documentos que se recogieron de diferentes partes, que ya seria temeridad llegar á dudar de la virtud preservativa que tiene esta sustancia. Además, como dice *Schenk*, este objeto es digno de la mayor atención, y merece que se observe con todo cuidado, sin admitir prevencciones contra este método por la excesiva pequeñez de la dosis, teniendo en cuenta al presente que aquí se trata de un efecto dinámico, es decir, de un efecto en la economía viviente, el cual no puede calcularse ni por la cantidad ni por los granos: y á la verdad ¿quién ha podido determinar ponderativamente el aroma, ó la cantidad que se necesita de un virus para producir cualquier efecto? ¿Dilatar una sustancia será siempre debilitarla? Pues ¿el líquido que dilata no puede llegar á ser un vehiculo que desenuelva en ella una nueva propiedad ó un nuevo modo de accion mas sutil que el que poseia ella antes?

Como quiera que sea, ya está probado y demostrado en el día, que el uso de la belladonna en dosis sumamente pequeñas es un preservativo de la escarlatina; y los que quieran enterarse de á fondo de las discusiones que ha habido sobre este punto de medicina práctica y experimental, pueden leer los periódicos de medicina de los alemanes, especialmente los de *Hufeland* y *Rutz*, la compilacion que hizo el primero de algunos autores de todos los documentos publicados sobre la materia, que imprimió en Berlin en el año de 1826, los diferentes periódicos que se publican en Francia, y sobre todo, la excelente obra de la Biblioteca de terapéutica del doctor *Bayle*. De todos estos escritos, resulta que las personas que toman el extracto de belladonna, no contraen la escarlatina, aun cuando están espuestas al contagio; que en 1820 hubo una epidemia de esta calentura en Gutersloh, y no cayó malo ningun niño de los que tomaron el preservativo, á las cuales se les dió por espacio de ocho dias, *Hufeland* explica este hecho diciendo que la planta disminuye la excitabilidad nerviosa, sin

la cual no hay contagio; pero otros creen que la causa de este fenómeno es la especie de perturbacion que produce el medicamento; pues hay ocasiones en que dando un octavo ó un cuarto de grano muchas veces al dia causa cólicos, diarreas, sudores, y diuresis abundantes en los niños muy pequeños. Un médico de Metz vió doce niños que se preservaron de esta calentura, aunque vivian entre doscientos seis que la tuvieron. *Welschen* dió en cantidad de dos granos de extracto disueltos en dos onzas de agua destilada y dos dracmas de alcohol á doscientas cuarenta y siete personas, de las que solo trece tuvieron la enfermedad; y las hacia tomar quince ó veinte gotas al dia de esta disolucion. El doctor *Wäcker* que ha ecsaminado mucho la cuestion de las epidemias en que se ha administrado la belladona, comparándolas con otras en que no se dió este preservativo, dice, que en las primeras mueren todo lo mas, un niño por cada diez y seis; y que en las otras muere de cada tres uno.

Tal es la esposicion que he creido conveniente publicar sobre los efectos de una sustancia vegetal que no obstante sus propiedades venenosas, presta grandes recursos á la medicina. Sabida es de todos los médicos la recomendacion que de ella se hace, en diversas preparaciones, para curar las constricciones del cuello del útero, para varias enfermedades nerviosas, para el tratamiento del cáncer, para el catarro sofocativo, y para otros varios casos que seria largo mencionar. Yo la he empleado típicamente, con el mejor éxito, en las úlceras venéreas (en el hospital militar de Oajaca que es á mi cargo) omitiendo el tratamiento mercurial así interno como en fricciones, siempre que me ha parecido no existir una diatesis sífilítica. De cuarenta y tres soldados que entraron con llagas gálicas en los meses de Febrero y Marzo últimos, salieron treinta y ocho curados bajo la influencia de unos lavatorios de agua mercurial, y la aplicacion de la belladona, asociando este tratamiento con un método dietético proporcionado.

En muchos casos son los venenos mas enérgicos los mejores remedios, cuando son aplicados oportunamente y en las dosis convenientes. Junio de 844.—JUAN NEPOMUCENO BOLAÑOS.

(Escrito para el Museo.)

NOTICIA CURIOSA

SOBRE EL PALIO DE LOS ARZOBISPOS.

El Palio de los arzobispos que es una faja de lana y lino con cuatro cruces, se hace en esta forma: el día 21 de Enero en que se celebra la

festividad de Santa Ines en su templo romano, al cantarse el *Agnus Dei* en la misa se ponen dos blancos corderitos sobre la ara que entregados á los subdiáconos de San Pedro cuidan de apacientarlos, hasta el tiempo de la primavera en que se trasquilan; de esta lana hilada se tejen los Palios por las monjas de la torre del Espejo; despues se llevan á la iglesia de San Pedro y S. Pablo, donde solemnemente benditos y consagrados por el pontifice, se dejan toda aquella noche hasta el siguiente dia, que volviéndose á recoger, los subdiáconos los guardan para darlos á los arzobispos, en manifestacion, é insignia de la plenitud del pontifical oficio que con la misma dignidad se le trasfiere.

Fué el Palio en los primeros tiempos propio ornamento de los emperadores, que lo cedieron á los obispos en manifestacion de gratitud, reverencia y honor. En el siglo V. el emperador Valentiniano concedió esta honra al obispo de Ravena segun Baronio, y despues se donó por los emperadores á los papas, por quienes se confiere á los arzobispos gratuitamente conforme al capitulo *Noxi* de la distincion 100, costeano únicamente los gastos acostumbrados á los ministros subalternos de aquella Curia.

Entiérrese este Palio con su arzobispo; sin pasar ni trasferirse al sucesor, gozando solo el patriarca de Constantinopla la esencion de trasladarlo al sucesor, de los hombros del patriarca difunto á los suyos.

Ocurren los arzobispos por este Palio á Roma por sí, ó por sus apoderados, con pedimento justo, prestando juramento de fidelidad á la santa sede, por disposicion del pontifice Pascual II.

La Orden de nuestra señora de la Merced fué instituida en 1223 por Jacobo I rey de Aragon, con ocasion de haberle cautivado los moros los mas valerosos caballeros. Obligáronse por voto de esta Orden á rescatarlos. Tuvo su establecimiento primero en la catedral de Barcelona dia de S. Lorenzo, siendo su primer gran maestro S. Pedro Nolasco. Confirmada por Gregorio IX bajo la regla de S. Agustin y Sto. Domingo. Sus caballeros quedaron reducidos á los religiosos de esta Orden, que profesan castidad, pobreza, obediencia, y emplearse en el rescate de los cautivos. Su insignia es una cruz de plata en un escudo rojo, partido con las barras Aragon, que traen sobre el estómago.

NADA hay mas perjudicial en la sociedad que estos hombres, que se ocupan de los propios negocios, sin dedicar nunca un instante á su patria, aun cuando se halle combatida por la mas horri Me tormenta.



LOS GEMELOS DE SIAM.

LOS GEMELOS DE SIAM.

HACE pocos días entró á casa, un amigo que nos hace favor de leer nuestro periódico, y antes de darnos los buenos días como Dios manda, exclamó entre colérico y esterorizado:—Hombres, ¿qué diablos ha sucedido? Parece que tienen decidido empeño en causar horribles pesadillas á los lectores, y mortificarlos de una manera atroz.

Al escucharlo dije para mis adentros: bueno va, campaña tenemos; este viene á reconvenirnos por las sangrientas novelas, ó por esos artículos quejumbrosos, que parecen escritos mas bien por los adoloridos discípulos del negro romanticismo, que no por folletinistas eminentemente convencidos de que las quejas de dolor de las almas poéticas, no tienen eco en este mundo positivista y calculador.

—Repto, continuó nuestro amigo, que no sé por qué les ha ocurrido soplarnos á cada paso esos grabados en madera, que representan monstruos pegados, á los que tengo ya una decidida aversión.

—¡Ja! ¡a! exclamó mi compañero, que había oído estas exclamaciones sin despegar los labios. Esos monstruos son de Oajaca, amigo mío.

—Ya sé que son de Oajaca; pero eso no destruye mi observación.

—Si la destruye, porque ese par de pares de muchachos pegados son una curiosidad digna del estudio de los sabios, y que debe presentarse en un periódico tan ameno, tan variado y tan pintoresco como nuestro Museo, mas que me está mal en decirlo.

—Pues yo repto que nó, contestó mi amigo cada vez mas mohino.

—Vamos, esponga vd. sus razones; porque algunas y muy poderosas debe vd. tener para estar en contra de semejantes grabados y de semejantes rulos.

—¡Ahora! si las tengo.

—Y eso, que todavía tenemos reservado para este cuarto tomo un *chivito doble*, es decir, un chivito tambien nacido en Oajaca, con dos cabezas y...

—El diablo cargue con el chivito doble.

—Y eso, prosiguió mi compañero, que todavía tenemos otro grabado con dos gemelos de Siam, que...

—¡Redactores de Satanás!

—Pero veamos, explíquese vd., le interrumpí yo.

—Pues señores: figúrense vds., que anoche me meti en la cama, tomé en mis manos el tomo tercero del Museo, porque, desengañense, el Museo sirve para conciliar el sueño, y hace efectos tan maravillosos, como si se tomara una dosis de opio ó de adormideras.

—Al grano, al grano, le respondi; esos sarcasmos comuniquelos vd. á los del Liceo, y verá cómo los estampan con unas letras del tamaño de una casa.

—Decia que tomé en mis manos el tomo tercero, y páif de bote y sumbido se me presenta el grabado de los dos muchachitos cabezones que nacieron pegados. Paso la hoja, y zas, veo otros dos muchachos de la misma manera. La cosa era de desesperarse. ¿Qué hago? arrojé con desden el Museo, apagué la luz, y me arrojé entre las rojas de la cama. Sí, bonito estaba yo para dormir. Los dos muchachos pegados me bailaban en la imaginación, y ya los veía yo retirarse y tomar un tamaño colosal, rodeados de manchas tornasoles y verdiosas; ya se acercaban á mí, y sentía yo el contacto de los labios frios de estas maldicidas criaturas. Al fin logré conciliar el sueño... por... Dios mío, qué pesadilla tan horrible! Figúrense vdes. que soñé, que al despertar al día siguiente y pedir mi café, me encontré yo unido por la espalda con otro yo, con un gemelo, con un monstruo.

—Oh, qué horrible, ya no era dueño de mis movimientos, ni de mi voluntad! Cuando yo quería andar para adelante, el otro se oponia; si lo quería sentarme... imposible, el otro me lo estorbaba. Ir al paseo, al teatro, á los toros... posible... montar á caballo... ni por pienso. Me veía yo retratado en un cartel fijado en la boca del portal, con mi otro individuo á la espalda, y espuesto á la curiosidad pública mediante dos reales la entrada... Oh, fué un *cachemar* del infierno, como dicen los franceses... Pero calle... ¡qué lamina tienen vdes. sobre la mesa! continuó tomando en sus manos el grabado que se acompaña á este artículo.

—Son los gemelos de Siam, le respondi.

—Los gemelos de Siam? contestó asustado; pues buen provecho, y adios: me fugó, porque de lo contrario vuelvo á soñar...

—Al contrario, le contesté deteniéndole; le contaremos á vd. la historia de estos gemelos, y verá cómo su vida era tranquila y cómoda, pues no hay cosa mas cierta que ese proloquio...

vulgar que dice, que Dios da la ropa según el frío. Véamos la historia.

—Los gemelos que ve vd. representados en la lámina, nacieron en las costas de Siam, en Mayo de 1811, sin haber experimentado la madre accidente alguno en el parto.

—Cosa rara.

—Nacieron muy pequeños, y además, uno de ellos tenía metida la cabeza entre las piernas del otro.

—Vaya, estos gemelos tenían cierta dosis de talento, puesto que no quisieron incomodarse ellos, ni matar á su madre al nacer; porque regularmente estos fenómenos matan á su madre á tiempo de nacer. ¡Pobres mugeres!

—¿Y si cuando se case vd., le dije yo, va su linda Isabelita á tener un par de criaturas de ese tenor?

—Hombre, no me atormente vd., por piedad, y déjeme ir. Le dispense la narración de los gemelos.

Pero mire vd., continué, peor sería que su hijo de vd. naciera con dos cabezas.

—Peor sería, me contestó, que mi hijo saliera con cuerpo de gente y cabeza de asno.

—Eso es muy común, le repliqué; asnos nacen todos los días en figura de hombres, y no hay quien se escandalice por eso; mas sigamos.

—Los dos gemelos nacieron, pues, con un ligamento que los unía por el estómago, y este fenómeno no llamó de ninguna manera la atención de los habitantes de Siam. Los padres de las criaturas, que eran chinos, tampoco se alarmaron mucho, y se limitaron á ponerles los nombres de *Eng* y de *Chang*.

Tranquila y pacíficamente crecieron los mellizos, hasta que el año de 1829, en que llegó á aquellas costas el capitán americano Coffin. Vió á los gemelos, y lejos de aterrorizarse como vd., y soñar lo que vd. soñó, calculó como buen *yankee* que era un excelente ramo de especulación el cargar con los gemelos. Pidió el capitán licencia á sus padres, y cargó con los niños para enseñarlos por la culla Europea. Después arribó á Boston, y allí fueron recibidos con grande aceptación. El Dr. Warren, médico de aquella ciudad, hizo de ellos la siguiente descripción.

“*Eng* y *Chang* son dos perfectos jóvenes: su talla, 5 pies 6 pulgadas castellanas, derechos y bien formados, activos, fuertes, ligeros. Andan con una igualdad graciosa, pueden correr con bastante celeridad, nadar muy bien, y con fuerzas para llevar en sus hombros hasta tres quintales de peso.

“Están unidas estas dos personas por un corto ligamento en las bocas de los dos estómagos, de modo que, cuando andan, van tan pegado uno á otro, que no se ve espacio alguno entre ellos, no teniendo el ligamento que los une,

mas de dos ó tres pulgadas de largo; pero el ancho de arriba abajo, es de cuatro á cinco pulgadas &c.” Otro médico, el Dr. Bolton, hizo después da un escámen prolijo, muchas observaciones fisiológicas interesantes. Tocado el ligamento en el centro, ambos reciben la sensación al mismo tiempo; pero si se toca como media pulgada del centro, la sensación es percibida solo por el muchacho á quien le corresponde. No pueden recibir daño ni sentir dolor, haciendo fuerza para separarse, porque el ligamento está tan fuertemente afianzado á los dos cuerpos, que se pueden suspender los dos jóvenes por una soga pasada por el ligamento, sin causarles dolor ni incomodidad.”

—Con que ya ve vd. que no sucedía á los mellizos siameses lo que á vd., le dije yo dejando el libro donde había leído estos apuntes. Dios, proseguí, que quiso permitir á la naturaleza enlazara eternamente á estas criaturas, les dió cierta igualdad de movimientos, y cierto bienestar, en medio del modo extraño á que estaban condenados á vivir, y esto es tan cierto, que cuando algunos médicos establecieron delante de ellos la posibilidad de dividir el ligamento sin riesgo alguno, se pusieron muy tristes, y concluyeron por llorar amargamente.

—¿Cosa rara! contestó mi amigo. Ciertamente es una providencia de Dios, pues de otra manera, estas pobres criaturas se hubieran desahogado.

—Lo que si les sucedía era, que se ponían en todas las ciudades á la expectación pública, y el capitán Coffin, es menester decirlo en obsequio de la verdad, les consignó toda, ó la mayor parte del producto, lo cual les proporcionó una regular fortuna, que de otra suerte no podrían haber adquirido, pues como sus padres eran pescadores, no les habían enseñado otra cosa mas que á remar en un bote.

—Vaya, algo me he reconciliado con los mellizos, dijo mi amigo; pero en qué pararon!

—Mucho tiempo vivieron en diversas ciudades de los Estados Unidos, hasta que habiendo llegado á los treinta años, y contando con sus economías, pensaron seriamente en casarse.

—Hombre!

—Fué este un acontecimiento que por algún tiempo los hizo desgraciados. La naturaleza que había puesto uniformidad en sus movimientos, también los dotó de absoluta uniformidad en los sentimientos morales y en las necesidades físicas. Si el uno tenía hambre, el otro experimentaba igual necesidad, los dos se dormían y despertaban á un tiempo. Los dos bebían la misma cantidad de líquido. Algunas veces que uno sorbía un buen vaso de *poter*, el otro sentía su cabeza trastornada, y ambos se acostaban á dormir; en una palabra, si

el uno estaba triste, el otro también; si el uno reía, el otro aun sin saber el motivo soltaba la carcajada; si *Eng* lloraba, *Chang* lo secundaba, echándole tristes sollozos. Cansados, pues, de ser vistos, y las gentes de los Estados Unidos de verlos, los mellizos compraron una pequeña hacienda de campo en la Carolina del Norte, y allí se retiraron á pasar una vida quieta; pero su conciencia no estaba del todo sosegada, hasta que se verificase el consabido matrimonio.

—Pero hombre, dígame vd., ¿qué muger ó qué mugeres habían de resignarse á pasar la vida con estos gemelos, á no ser otras gemelas que estuvieran en el mismo caso?

—Pues lo cierto es, que los mellizos encontraron novias.

—¿De veras!

—Sí señor, y nada menos que dos hermanas; la una se llamaba Sara, y la otra Adelaida, hijas de David Yates, honrado labrador del condado de Wickes.

—¿Qué fortuna! y...

—Y eran no de muy malos bigotes. Lo que sucede es, que excepto el maldito ligamento, á todos mellizos eran perfectos, como queda dicho, y poseían además una dulzura, un candor, y una voz buena fit que los hacían adorables. Sara, algun

tanto retrochera y viraracha, dió algunos pesares á *Chang*, que era su novio. Era de ver cuando *Chang* estaba celoso, cómo su compañero se volvía también una furia, y maldecía á la ingrata y á la pérdida que destruía su corazón. Adelaida tenía un carácter bondadoso y afable; jamás daba á su novio ningún motivo de disgusto, y esta calma y bienestar se comuni-

caban al otro, y destruían los celos y la cólera que causaba Sara. En una palabra, los amores de los mellizos presentaban un singular objeto de observación: era una sola alma la que recibía las impresiones que agitaban estos dos seres: era la personificación de un misterio, que á la humanidad humana, es decir, la reunión de un solo amor, de una sola voluntad en dos cuerpos organizados físicamente de manera que gozaban y sufrían estos dos seres, con las diferentes impresiones de amor que recibían de sus dos novias!

Adelaida daba motivos de placer al uno, que eran comunes á los dos. Sara daba motivos de zelo al otro, y este sentimiento era también común á los dos. ¿Qué resultaba de esto!

El que á un mismo tiempo tuviesen placer y dolor. Fenómeno imposible de explicar, y que ninguno de nuestros lectores experimentará, puesto que no ha llegado hasta ahora á nuestra noticia que estén unidos, mas que al Museo, por el medio del ligamento de una peseta.

Estos pesares y alternativas habrían terminado muy pronto con la vida de los mellizos, á no ser porque se casaron, y sus mugeres (al menos no lo sabemos hasta ahora) no les dieron motivos mas que para bendecir á Dios por haberlos hecho felices, ya que la naturaleza les había asignado una posición excepcional é incomoda.

—Pero vd. está forjando una novela para salir de sus compromisos periodísticos; esa historia es inverosímil, y acaso ni han existido tales mellizos.

—De ninguna suerte, le contesté. Vea vd. el tomo cuarto del Instructor, y sobre todo, aquí tiene vd. este periódico que hace pocos días recibí de N. York, en que se da noticia del matrimonio de los mellizos de Siam.

—Mi amigo vió el periódico y dijo: cabal, no me ha engañado vd.; pues según esta noticia, el año de 43 existían todavía; pero cuando se muera el uno ¿qué hará el otro!

—Ese sí debe ser un trance terrible, le contesté; pero no haya temor: la Providencia es muy sabia, y dispondrá, que ya que entraron juntos al mundo, salgan el mismo de él.

—¿Y va vd. por fin á publicar la lámina en el Museo?

—Toma, ¿y por qué no? Por otra parte no hemos de desairar á nuestro hábil grabador R. Rafael.

—¿Y con qué artículo va vd. á acompañar esta lámina?

—Eso estoy pensando. ¿Qué le parece á vd. que haga?

—Que escriba vd. de pe á pa esta conversación, y de esa manera logrará que sea menos chocante é indigesto.

—Tiene vd. razón. Manos á la obra! De hecho, como el cajista estaba aguardando el material, que según los del Liceo, se fabrica por medio del vapor, me puse á escribir... concluí... y he aquí *pimpam y cravatée y bottee* un artículo para el Museo, que en el índice que se publica en el Siglo XIX, no dejará de anunciarse con recomendación, añadiéndose que va acompañado de un hermosísimo grabado en madera.

—No olvide vd., me dijo mi amigo, el participarme si llega á su noticia, lo que acontezca cuando se muera los gemelos de Siam; esa debe ser una historietita mas curiosa que la presente.

Lo haré así, y prometeré también á mis lectores, registrar los periódicos americanos para informarles de la salud de sus buenos amigos los gemelos de Siam.—Yo.

ESPAÑA.

VIGESIMO-SEGUNDO DISCURSO HISTORICO

Pronunciado por el Sr. Licenciado D. José María Lacunza, Catedrático de Humanidades en el Colegio de San Juan de Letran.

OCUPABA el trono de Leon y de Castilla D. Fernando, y el de Navarra y Aragon D. García. Hicieron los moros una invasion en el reino de Galicia; pero marchando á su encuentro D. Fernando, no solamente los derrotó, sino que se apoderó de todas las ciudades entre el Duero y el Tago, excepto Lisboa. En esta campaña fué cuando empezó á descollar Rodrigo Diaz de Vivar, llamado el Cid, que quiere decir señor.

Para distraer la atencion de los cristianos, los moros resolvieron entrar en Castilla, á donde el rey de Toledo mandó una expedicion; pero los cristianos les repelieron y aun tomaron varias ciudades, en las que se hubiera contenido Toledo, si el rey de ella temeroso al ver su poca fuerza y los triunfos de los cristianos no se hubiera apresurado á ofrecerse como feudatario del rey de Castilla, lo que éste aceptó. Continúo sus conquistas, y se disponia para otras nuevas, cuando supo que su hermano D. García, rey de Navarra, estaba enfermo. Se puso en camino con prontitud para visitarle; pero cuando llegó á la corte, D. García que habia concebido zelos por las repetidas glorias de su hermano, resolvió aquel prenderle. Fué avisado á tiempo D. Fernando, y burló esta disposicion saliendo inmediatamente de la corte casi en fuga; D. García pretendió justificarse, ya con negar lo esencial del hecho, ya con otras excusas, y para dar pruebas de su buena amistad y confianza en su hermano, se presentó en la corte de Castilla, creyendo disipar toda sospecha con esta demostracion: no fué así, y Fernando le hizo prender; pero sin saberse ciertamente el cómo, él llegó á escapar, y vasallos fieles que le tenían preparados caballos y lo demás que era necesario, le auxiliaron, de modo que, cuando el rey de Castilla tuvo noticia de la fuga, D. García estaba ya seguro en sus estados.

Apenas se vió en ellos cuando levantó un poderoso ejército con el que marchó contra su hermano, que tambien salió á su encuentro. Cuando ambos estuvieron acampados frente á

frente, el rey de Castilla cedió fácilmente á la mediacion de personas respetables que se interponian para procurar la paz; pero esta buena diligencia nada aprovechó con el rey de Navarra, que sumamente resentido se empeñó absolutamente en combatir. Vinieron á las manos, y aunque el valor y ardimiento de D. García inclinaba la suerte á su favor, en un momento en que penetrando el centro del ejército castellano se disponia á atacar personalmente á su hermano, fué muerto por un caballero á cuya esposa habia ultrajado y que le buscaba para vengar su agravio. La muerte del rey decidió la batalla, y todo quedó á disposicion de Fernando, que no se apoderó de Navarra, sino que la dejó á su sobrino el hijo de García.

Durante estos disturbios entre los cristianos, los sarracenos sacudieron el yugo, negando el tributo y preparándose á la defensa. Para levantar un ejército con que atacarlos, se vió precisada la reina á vender sus joyas y á empeñar las rentas que le tocaban. Fernando redujo á la obediencia á los sarracenos, y dilató sus estados, estendiendo sus conquistas entre el Tago y el Guadiana: cargado de años y de victorias, dedicó sus últimos dias á proteger la religion: se cuenta que reedificó de piedra la Iglesia de San Juan Bautista, que ántes era de ladrillo: que la reina formó empeño en colocar en este templo los cuerpos de las Santas Justa y Rufina, que se creía estaban en Sevilla donde habian sido martirizadas; para obtenerlos hizo el rey la guerra á aquella ciudad, y aunque compelidos por ella prometieron los sarracenos entregarlos, cuando llegó el caso de cumplir la oferta, nadie pudo saber dónde estaban, ni los mismos cristianos: habia ido á recogerlos una diputacion, á cuya cabeza se hallaban los obispos Alvirto, y Ordoño, que lo eran de Leon y Astorga. No encontrándose los cuerpos que se buscaban, imploraron los embajadores el auxilio del cielo, y San Isidoro se apareció en sueños al obispo Alvirto, manifestándole ser la voluntad de Dios, que su cuerpo fuese trasladado en lugar de

los de las santas, á la iglesia, reedificada, y señalándole el lugar donde estaba enterrado: acudió la legacion al rey moro, pidiéndole la entrega de estas reliquias; que les concedió gustosamente, y aun les dió un rico paño de seda y oro para que lo cubriesen: llevaronlo con grande pompa: Alvirto murió en el camino en opinion de santidad, y su cadáver tambien fué conducido á la corte: el de San Isidoro se colocó en la nueva iglesia y le dió su nombre.

Tenia Fernando tres hijos y dos hijas, y determinó al morir repartir el reino entre todos. A Sancho, el primogénito, nombró rey de Castilla; á Alfonso, rey de Leon; y á García, rey de Galicia; á Urraca, la dejó señora soberana de Zamora, y á Elvira, de Toro; y bajo esta disposicion murió de una manera ejemplar. Habian dado á este príncipe sus vasallos el título de emperador, cosa que escitó las quejas del de Alemania, y la pretension de éste de que el de España fuese feudatario suyo; se apoyaba esta pretension en un decreto del pontífice Victor II; pero Fernando mandó á las órdenes del Cid un ejército de diez mil hombres, que marchaban ya por Tolosa de Francia, cuando el papa envió un legado que los detuviese: se examinó la cuestion maduramente, y se resolvió á favor del rey de España, declarándolo completamente independiente.

La division del reino fué origen de guerra entre los hijos de Fernando: Sancho sostuvo que su derecho de primogenitura le daba el de reinar en todos los estados de su padre: despues de una guerra feliz contra el rey de Aragon, condujo su ejército victorioso á los estados de Leon, y despojó de ellos á su hermano Alfonso, que se vió precisado á buscar asilo en la corte del rey moro de Toledo. Tambien despojó de los suyos á García el de Galicia, siendo debido esto á las disenciones que reinaban entre este monarca y sus principales vasallos: cuántase que en una batalla, Sancho fué preso por su hermano; pero habiendo logrado escapar casi inmediatamente, volvió á la carga unido con el Cid, y premió á su vez á García, que permaneció en cautividad hasta su muerte aun bajo el reinado de D. Alfonso, que sucedió á D. Sancho. Otros creen que D. García huyó á Sevilla cuando la invasion de D. Sancho, y que no fué preso hasta el reinado de D. Alfonso.

D. Sancho trató despues de apoderarse de los estados de sus hermanas, á quienes ofreció rentas suficientes para su mantencion: estas se negaron á desprendérselo de sus señorios, y el rey atacó á Toro; que se rindió, mas al amago que al combate: No fué lo mismo Zamora; Doña Urraca se habia encerrado en ella con vasallos fieles, que se defendieron tan bien, que D. Sancho se vió precisado á reducir el ataque á

un sitio por hambre. Esto produjo su efecto, y ya pensando los sitiados en capitular, cuando un hombre llamado Vellido Dolfos les ofreció librarlos del sitio si aun lo contenian algunos dias mas. Ellos esperaron, y Vellido fugándose desertado de la ciudad, ofreció al rey mostrar un lugar por donde podria entrar en ella. Sancho fué solo con el desertor á hacer un reconocimiento, y éste cuando lo juzgó oportuno le mató á traicion. La mayor parte del ejército se desbandó, los castellanos despues de muchas amenazas á la ciudad, que quedaron sin efecto, se retiraron en buen órden, llevando el cuerpo de su rey, que sepultaron honrosamente.

No dejaron de recaer sobre la princesa graves sospechas de haber tenido parte en aquella traicion; tanto, que la cuestion se sujetó al combate judicial; tres caballeros mantuvieron el honor de la infanta contra D. Diego de Lara que la acusaba. Este venció ó mató á los dos primeros; habiendo faldado el caballo al tercero, el combate quedó indeciso. Alfonso fué llamado inmediatamente, y habiéndole avisado al rey moro de Toledo donde residia, éste le dió una escolta respetable, y se separó él con grandes muestras de benevolencia, habiéndole prometido Alfonso su amistad para él y para su hijo mayor. Cuando Alfonso estuvo en Zamora se le colocó en el trono; pero los grandes de Castilla no quisieron jurarle obediencia, hasta que el mismo jurase no haber tenido parte en la traicion de Vellido Dolfos: encontrábase sin embargo la dificultad de quién seria el que tomase el juramento al monarca, y esto fué lo que hizo el Cid, cosa que escitó el resentimiento del rey, de suerte que le desterró de la corte: el Cid á pesar de su destierro, á la cabeza de sus secuaces conquistó á varias ciudades, entre ellas á Valencia, y todas las puso á disposicion del rey.

De los hechos de éste, el mas memorable fué, la conquista de Toledo; luego que murió Almeron, y Heseu su hijo mayor á quien habia jurado amistad, emprendió Alfonso esta expedicion, convocando para ella á todos los caballeros de la cristiandad; así fué, que se encontraron en su campo, no solo sus vasallos, sino muchos nobles que buscando aventuras encontraban en la toma de una ciudad contra infieles cuantos motivos podian inducirlos á combatir: la religion, el amor á la guerra, y la esperanza de la gloria, y de magníficas recompensas: distinguíanse entre otros Raymond, conde de Tolosa; otro Raymond, conde de Borgoña, y Henrique, tambien de Borgoña; Rodrigo de Vivar; el Cid tambien acompañaba á su soberano. El sitio fué largo, y la caballeria tuvo bastante tiempo y oportunidad para acometer hazafias y adquirir glorioso renombre: los caballeros se señalaron á porfia; y los moros á pesar de estar

abierta la ciudad por varias partes, la defendían con indomable valor. El hambre al fin, mas que las armas, les obligaron á rendirse; pero obtuvieron una capitulación honrosa y favorable, y los cristianos ocuparon la ciudad en el mismo día, que 363 años antes la habían ocupado los sarracenos.

La caída de Toledo resonó fuertemente en todos los estados mahometanos, y muchas ciudades menores se apresuraron á rendirse para cortar los males de la guerra. Alfonso tomó el título de emperador, y galardón magníficamente á cuantos le habían asistido en su empresa. Concedió á los condes franceses de que se le hiciera mención las manos de sus hijas, dándole por dote condados opulentos: á Henrique tocó el condado de Portugal, reducido á poco terreno; pero que él y sus descendientes extendieron con sus conquistas sobre los moros, y que después fué convertido en reino independiente, cuya corona llevaron los descendientes de Henrique.

Después de la conquista de Toledo un concilio nombró obispo para esta ciudad, y el papa á petición del rey le declaró primado de España. El rey y el papa querían establecer la liturgia y oficio romano en lugar del gótico que estaba hasta entonces en uso en España. Instaba el pontífice; pero el pueblo y clero español adherían con tenacidad á sus antiguos usos, de modo que se entabló una disputa acalorada, la que se cuenta fué librada en su decisión á la espada en un combate judicial: dos caballeros armados pelearon sosteniendo uno, el oficio gótico ó mozárabe, y el otro el romano. Los campeones lidiaron, y el romano succumbió; pero como el rey estaba interesado, contra todas las leyes que daban por definitivo el éxito del combate, se volvió á sujetar la cuestión á la prueba del fuego. Se preparó un ejemplar de cada liturgia y una hoguera, y ambos se arrojaron en ella: es de creer que el fuego no respetó á ninguno; pero la autoridad prevaleció, y se impuso á la mayor parte de las iglesias la liturgia romana, aunque muchas lo resistieron y obtuvieron exenciones; el tiempo ha hecho triunfar enteramente el oficio romano.

Alfonso, ó por política ó por inclinación, había casado con Zaida, hija del rey moro de Sevilla, y esta muger se había hecho cristiana y llamándose Isabel al casar con el rey, y en consecuencia los dos príncipes quedaron ligados en amistad. Aben-Amel, que así se llamaba el rey de Sevilla, concibió el proyecto de subyugar los demas estados mahometanos de España, que estaban divididos en pequeños principados; al efecto ayudado por Alfonso pidió auxilio á Tefin, rey de los almoravides en África, quien envió un ejército al mando de Hali;

aunque al principio se unió éste con el rey de Sevilla, muy pronto la discordia reinó entre ambos, y en una batalla entre los dos ejércitos, Aben-Amel perdió la vida. Hali se apoderó de todos los estados mahometanos, y se hizo proclamar rey, con el título de Miramolín ó Al-mumenin, que significa príncipe de los creyentes, y entonces llevó sus armas contra los cristianos.

La fortuna de la guerra fué contraria á los cristianos en dos batallas; pero al fin, Alfonso triunfante atacó á Hali en su corte Córdoba, y le obligó á reconocerse feudatario y á indemnizar los gastos de la guerra. Tefin vino á España con nuevo ejército; pero también fué rechazado por Alfonso, quien le hizo retirar hasta lo mas interno de sus estados. Siguiéron varias guerras sangrientas, ya entre los reyes cristianos entre sí, ya con los moros, aliándose muchas veces los cristianos á los moros para combatir á otros cristianos; lo que produjo batallas en que perdieron mucho los cristianos. A la muerte de Alfonso, su hija Urraca heredó la corona, y habiéndose casado con Alfonso, rey de Aragón, toda la España cristiana quedó bajo una monarquía. Era Urraca viuda cuando casó con Alfonso, y había tenido un hijo en su primer matrimonio, que vivía, y se llamaba tambien Alfonso; el marido de Urraca despojó á los moros del reino de Zaragoza, ó hizo ésta capital del de Aragón; se hizo llamar emperador, y estableció una regencia para gobernar á Castilla: tuvo disturbios con la reina y con el hijo de ésta de primer matrimonio, que cuando tuvo edad fué proclamado rey por los castellanos; esto dió lugar á guerras entre Aragón y Castilla, que concluyeron por dividir los reinos entre los dos Alfonsos, quedando el suyo al de Aragón, y el de Castilla al hijo de Urraca. Alfonso de Aragón vivió continuamente en guerra con sus vecinos, ya cristianos, ya mahometanos, á quienes hizo mucho perjuicio; en una de sus expediciones caminando alguna distancia de su ejército con solo trescientos caballos, cayó en una emboscada, donde murió; abierto su testamento dejaba en él por herederos universales á los caballeros templarios.

Era esto legar una guerra civil; pero los templarios no esforzaron su derecho: el rey de Castilla pretendió el trono vacante, pero Navarra y Aragón colocaron á otros príncipes en él: el de Aragón escogió á Ramiro, hermano del rey muerto; Ramiro había sido mongol por cuarenta años: cuando subió al trono se le dispuso por la silla romana el voto de castidad; desean-do volver á la quietud de la vida monástica determinó cesonararse de la corona; al efecto casó á su hija única Doña Petronila, con Reimundo Berenguel, conde de Barcelona, que era due-

ño de casi toda Cataluña, y de considerables posesiones en Francia; confió á ambos la regencia del reino, inerin su matrimonio producía un rey capaz de gobernarlo: este rey fué Reimundo V, que uniendo en su persona los derechos de su padre y madre, unió á la corona de Aragón el condado de Barcelona.

Alfonso de Castilla hacia felizmente la guerra contra los sarracenos, quitándoles muchas plazas y territorios, y había tenido el título de emperador; el rey de Portugal por su parte tambien obtenia victorias contra los infieles, y estos tal vez hubieran sido despoicidos de toda España, si no hubiera sido por los disturbios que había entre los príncipes cristianos. A la muerte de Alfonso de Castilla, dejó el reino dividido entre sus dos hijos, lo que fué una nueva fuente de discordias.

Por esta época se fundaron las Ordenes militares de España: en el año de 1158 se presentaron al rey de Castilla dos monjes del Sister, el abad Reimundo y Diego Velazquez, que habia sido soldado valiente en el siglo, ofreciéndose tomar á su cargo la defensa de Calatrava contra los sarracenos, y aceptado por el rey la proposición, les entregó aquella plaza: gran número de caballeros vino á militar bajo su bandera, y tomaron un hábito particular: levantaron hasta veinte mil hombres, con los que hicieron la guerra á los moros, y confirmada la Orden por el pontífice, llegó á ser muy poderosa; á su ejemplo se fundó la de Santiago, cuyo objeto primitivo fué proteger la seguridad de los peregrinos, que de todas las partes de Europa concurrían á visitar el sepulcro del apóstol: gran parte de la nobleza española y francesa tomó el hábito de Santiago, y el instituto fué confirmado por el pontífice, bajo la regla de San Agustín. En 1213, el rey de Leon quitó á los infieles la villa de Alcántara, y confió su custodia á un destacamento de caballeros de Calatrava: estos se asentaron y obtuvieron despues del pontífice ser erigidos en una Orden particular que se llamó de Alcántara; durante los disturbios de los reyes cristianos, las Ordenes militares llevaron casi solas el peso de la guerra contra los infieles.

Reinó en Castilla D. Sancho muy poco tiempo, y al morir dejó de muy corta edad á su hijo D. Alfonso VIII de este nombre. Muchos grandes del reino, entre ellos las casas de Castro y Lara, se disputaron el poder de la minoría de este príncipe, y los males de ella fueron tan grandes que obligaron á entregar al rey el mando cuando apenas tenía 11 años. Creció Alfonso al mismo tiempo en años y en virtudes: tuvo guerras contra los príncipes cristianos como era tan común en su tiempo; pero en ellas se portó con la mayor generosidad, poniendo al-

guna vez en libertad sin rescate alguno á los príncipes á quienes la suerte del combate habia hecho sus prisioneros, y auxiliándoles despues en los conflictos en que los moros les habían puesto.

Se refiere sin embargo, que oscureció su fama con unos amores que tuvo con una judía muy hermosa, á cuya pasión se entregó completamente; murmuraban sus vasallos, que veían esto con grande escándalo, cosa muy propia de las ideas religiosas de aquel siglo: por esta época perdió el rey la famosa batalla de Alarcos, en que los moros le derrotaron é hicieron en los cristianos gran carnicería; atribyese esta derrota á no haber querido Alfonso esperar de los reñuzos que le enviaban de Leon y de Navarra, ansiando adquirir gloria para solos los castellanos; pero el pueblo que vió el mal resultado de la acción y sus lamentables consecuencias, atribuyó todo á castigo del cielo por las relaciones del rey con la judía; y los grandes tumultuosamente dieron á ésta la muerte dentro del mismo palacio.

Muchos dias de humillación y desgracia hubo entonces para los cristianos, no solo por parte de los infieles, sino por la guerra entre ellos mismos. El rey de Castilla hizo una trenga de diez años con los moros, y durante ella combatió á los cristianos; pero estando para espirar, logró aventurar con los demas príncipes españoles. El rey de Marruecos, habiendo logrado tambien pacificar sus posesiones de África, se preparaba á hacer un gran esfuerzo con un poderoso ejército para reconquistar al menos á Toledo. En este conflicto, Alfonso no solo se proporcionó los auxilios que pudo en España, sino que imploró al pontífice y á toda la caballería cristiana de Europa, que acudió á alistarse en esta especie de cruzada, aunque los historiadores españoles dicen que estos socorros estrangeros no fueron de gran provecho en la batalla que decidió esta campaña; pero si no hicieron mucho en ella, en las escaramuzas habidas al principio de la guerra, causaron mucho mal á los moros.

Los ejércitos se encontraron frente á frente en un parage próximo á Ubeda, llamado las Navas de Tolosa, y se prepararon al combate: el centro de los cristianos lo ocupaba el rey de Castilla y muchos grandes, entre quienes estaba el arzobispo de Toledo, llevando su cruz delante de sí: el de los moros su gefe Malhomed, teniendo su sable en una mano y el coran en la otra; detras de los moros estaba un reñto cerrado enteramente con cadenas de hierro, cuya guarda fué confiada á los mas valientes mahometanos. La victoria algun tiempo indecisa se presentó un momento del lado de los sarracenos; pero despues mudó, y los

cristianos la obtuvieron completa: los infieles se retiraron á las cadenas, y los navarros fueron los primeros que las rompieron y forzaron este puerto, por lo que agregaron sus cadenas despues á su escudo de armas. Los moros perdieron 200.000 hombres, y los cristianos dicen que solo 30.000 en esta batalla: dicen que vieron una cruz roja en el cielo: otros que la cruz del arzobispo atravesó muchas veces lo mas recio de la pelea, sin lesion del que la llevaba: sea lo que fuere de esto, de resultados de la victoria se estableció en Toledo una fiesta á la Escalacion de la Santa Cruz. Las consecuencias políticas de esta batalla, fueron importantísimas: un gran territorio recobrado y conquistado, y la discordia sembrada entre los pequeños principados de los moros. Alfonso murió algun tiempo despues, dejando por sucesor á Henrique, que solo tenia once años, y á Berenguela, hermana de éste por renga; pero el nuevo rey solosobrevivió tres años, habiendo morido casualmente. En ellos sin embargo el reino se vió turbado por la faccion de la casa de Lara, que logró quitar la regencia á Berenguela, y que se diese á D. Alvaro de Lara.

Berenguela habia sido casada con el rey de Leon, de cuyo matrimonio tuvo un hijo llamado Fernando: el papa anuló despues aquel enlace. A la muerte de Henrique, Berenguela renunció á favor de su hijo, éntonces de 16 años, el trono de Castilla que á ella correspondia, y le hizo aclamar rey; á pesar de la oposicion de D. Alvaro de Lara, y de D. Alfonso de Leon, padre del mismo Fernando. Estos reunieron un ejército y avanzaban para combatir al nuevo rey; pero despues el de Leon desistió del intento, y la muerte de D. Alvaro acaecida poco despues, afirmó la tranquilidad.

La primera campaña de Fernando fué desgraciada; pero las que siguieron fueron brillantes. Entre tanto, falleció su padre D. Alfonso, rey de Leon, y aunque dejó su reino dividido entre sus dos hijos, D. Fernando pasó á Toro y los leoneses le reconocieron por legítimo soberano. Usando á la vez del poder y de la prudencia, y contribuyendo mucho á ello el desprendimiento de sus hermanos, reunió tranquilamente en su cabeza las coronas de Leon y de Castilla. El rey moro de Valencia y muchos gefes de Andalucía se reconocieron sus vasallos, y despues de haber saqueado durante diez y seis años los territorios de los reinos de Granada y Murcia, regresó con sus tropas cargadas de botin.

El génio activo de Fernando se aprovechó del espíritu de caballería que dominaba en su época, especialmente del de las Órdenes militares, para destruir á los moros y extender los límites de su propio reino. D. Antonio, hermano del rey, hallándose cercado con algunos ca-

balleros por un número de infieles muy superior al suyo, les derrotó y mató á su general. La muerte de la reina invio quieto á Fernando por algun tiempo; pero despues emprendió el sitio de Córdoba.

El rey de Granada, Ben-hond, se hallaba á la sazón en Ecija con un cuerpo de ejército. Esperaba reducir á su obediencia los demas estados mahometanos y formar de todos uno solo cuyas fuerzas unidas pudiesen contrarestar las de los cristianos; pero fué asesinado haciendo una campaña contra el rey cristiano de Aragon, y esta pérdida fué irreparable para los moros. Córdoba, que habia resistido esperando socorros de este gefe, impelida por el hambre y la espada de los cristianos, capituló, obteniendo condiciones favorables. Hacia 522 años que los musulmanes poseian esta ciudad y la habian hermoseado como la corte de sus monarcas. La principal mezquita fué purificada y consagrada al culto cristiano, y Fernando descansó en el magnífico palacio que Abderramen el Grande habia construido tres siglos antes. Los moros quedaron tanto mas consternados cuanto que tradiciones supersticiosas hacian depender de la conservacion de Córdoba, la subsistencia de su poder en España. Aquellos tiempos fueron calamitosos para los mahometanos: el rey de Aragon obligaba tambien á rendirse á Valencia, no obstante una defensa obstinada.

Despues de la toma de Córdoba, tuvo Fernando que volver á su reino á contener algunas conmociones domésticas, lo que hizo con felicidad, y volvió á dirigirse contra los moros. Abon-Said habia sido proclamado rey en Cádiz, Jaen y algunas otras poblaciones, y fijó su corte en Granada: queriendo distinguirse por alguna hazaña contra los cristianos y sabiendo que el gobernador y tropas de Martos habian salido de esta plaza, se presentó de improviso delante de ella; pero, se dice, que la esposa del gobernador hizo cerrar las puertas, convocó á las mugeres, y con ellas la defendió, de manera que dió tiempo á los cristianos para volver, y los saracenos al fin se vieron obligados á retirarse.

Abon-Said hizo una tregua con el rey de Castilla; pero luego que esta concluyó, se renovaron las hostilidades: los cristianos sitiaron á la misma Granada; mas aun no era llegada su hora, y al fin levantaron el sitio: lo pusieron á Jaen, ciudad que por sus fortificaciones naturales y obstinada defensa, resistió hasta poner á los cristianos á punto de levantar el sitio, cuando estalló en Granada una revolucion, y Abon-Said buscó asilo en el campo de los cristianos. Fernando le dió tropas para recobrar el trono, y en compensacion el moro le cedió á Jaen, se obligó á prestarle homenaje, á pagarle un fuer-

tributo y á seguir en la guerra sus banderas. El sitio y toma de Sevilla fué otra de las proezas de Fernando: era una de las ciudades mas importantes de los mahometanos, y estaba fuertemente defendida. El monarca cristiano estaba sitiandola por tierra y por agua, cuando con sus naves el rio Guadalquivir, hacia algun tiempo, cuando cansado de tan largo sitio determinaba ya retirarse; se presentó éntonces en su campo el rey de Granada con un fuerte cuerpo de tropas á prestarle auxilio, como estaba pactado, y el ver el estandarte mahometano al lado del cristiano indignó á los sitiados y alentó á los sitiadores, duró aun algun tiempo la resistencia de la ciudad, hasta que una maniobra hábil de los marinos españoles, cortando un puente, redujo á los sitiados al último apuro, y éntonces se rindieron, estipulando que todos los que quisiesen podrian salir con sus bienes, y que todas las ciudades del reino se entregarían á los cristianos; esto segundo costó aun sitiar algunas que resistieron cumplir lo pactado.

Proyectaba Fernando llevar aún la guerra á la Africa, cuando un desembarco en los estados del rey de Marruecos, á cuyo fin hacia los aprestos necesarios; pero los cortó su muerte en el año de 1252. Este rey fué canonizado: es S. Fernando. Si este hombre se adquiere por ser libertador de su patria, Fernando no lo habia desmerecido. Cristiano virtuoso, político hábil, y guerrero valiente y feliz, son los caracteres de este monarca.

Marzo 9 de 1844.

ANÉCDOTA DEL REINADO DE CARLOS XII.

Cerca de Greifswald hay un publicito llamado Conerow, habitado por tres paisanos que no pagan contribuciones, y ved el motivo por qué. Desde el tiempo de Carlos XII, este pueblo pertenecia á Suecia; un dia supieron los paisanos la derrota que el rey acababa de sufrir en Rosta, y la miseria y trabajos que padecia. En el mismo instante reunen todo lo que no les era sumamente necesario, como vestidos, muebles y ganado, y se dirigen á vender toda esta carga al pueblo vecino. Uno de ellos se echa en la bolsa el producto de todo esto, monta á caballo, y camina de provincia en provincia, de ciudad en ciudad, preguntando por su soberano, hasta que al fin llega al campo, donde se hallaba. ¿Dónde está nuestro rey? esclama dirigiéndose al primer soldado sueco que ve; condúzcame ante mi soberano. Un oficial introduce cerca de Carlos XII, á este singular mensajero. El paisano se arrodilla, saca de su bolsa dos cartuchos de oro, y los presenta al rey, refiriéndole la manera como habia reunido es-

ta suma. Se asegura que al escuchar al paisano, Carlos XII lloró abundantemente. ¡Jamás, esclamo, me han dado mis nobles una prueba igual de adhesión! Despues dirigiéndose al paisano de dijo: arrodíllate, voy á armarte caballero, y tendrás lugar entre los nobles de mi reino. El paisano se arrodilló; mas no para recibir las órdenes de caballería.

—Señor, le contestó; no me atreveria á regresar con tan alto título á mi humilde publicito: concededme mas bien á mí, y á mis dos vecinos una cesion de contribuciones. El rey dió en el acto órden de extender el decreto. Cuando se le presentó á la firma, arrancó tres pelos de su barba, y los pegó en el laere del sello como una muestra de su reconocimiento, y de que jamas derogaria este privilegio.

[Traducido].

POESIA ESPAÑOLA.

LA BEATA DE MASCARA.

La del enluto manto,
La de la toca de encage,
La de mil hombres encanto,
¿Cuánto va á que no es tan santo
Tu pecho como el ropage!

En vano ocultarnos trata
De tus ojos los destellos
El lienzo que te recata;
Y por Dios que son, beata,
Para ser santos, muy bellos.

Sobre tu nevado seno
Pesa la cruz de un rosario,
Y aunque humilde Nazareno,
Muriera de gozo lleno
En tan hermoso calvario.

Y, pese á tu religion,
En vano ¡ay triste! sofoca
Deseos mi corazón;
Que oculta una tentacion
Cada pliegue de tu toca.

Eres bella cual ninguna,
Y juro, aunque temerario,
No creo en tí fe alguna,
Si pasas una por una
Las cuentas de tu rosario.

R. CAMPOAMOR.

Los placeres del alma no se pueden comprar con el oro.

PEPITA.

I.

EL CAPITAN Y SU TENIENTE.

—¿Qué hay de nuevo, mi capitán?

—Poca cosa, teniente: una partida de doscientos caballos debe acercarse dentro de ocho días, con la intención de entrar al pueblo y saquearlo.

—Y la batiremos, mi capitán?

—Es cosa de pensarse, teniente Dávalos, porque esos hijos de Satanás, según me han dicho, están muy bien montados y armados y...

—Entonces tendremos que volver grupas, contestó el teniente sonriéndose sardonicamente.

—Volver grupas?... Eso no, interrumpió el capitán algo cólerico; una vez que entremos en batalla...

—Esa es la dificultad.

—¿Qué quiere decir eso, teniente?

—Nada, mi capitán, nada; esos hijos de Lucifer están bien armados y bien montados y...

—Y así pudiera ser una legión de fantasmas que...

—¿Con que si se acercan saldremos a su encuentro?

—Sin duda, respondió el capitán, arrojando una mirada al teniente Dávalos, en la que se traslucía una de esas resoluciones energicas, que solo Dios tiene el poder de cambiar.

El teniente bajó los ojos; una sonrisa convulsiva pasó por sus labios, y sus mejillas agudizadas se pusieron un poco pálidas; mas haciendo un esfuerzo, contestó:—bien, muy bien; esas fiestas son la delicia del teniente Dávalos; si los enemigos están bien montados, tanto mejor, tendremos cosecha de excelentes caballos para los valientes muchachos; pero siempre será bueno, mi capitán, el indagar cómo andan las cosas, porque si los realistas son muchos, no sería prudencia el esponernos a un lance...

—Los militares siempre tienen necesidad de esponerse; si no es vd. de mi opinion, teniente, entonces los conventos están abiertos; abrisse una corona, vestir un sayal, y buenas noches.

—Mi capitán, respondió el teniente mordiendo los labios, vd. fué el que primero hizo esas reflexiones.

—Pues bien, ahora no reflexiono mas, y repito que si los rebeldes se acercan los batiremos.

—Muy bien; y estoy a las órdenes de vd., y a la hora del peligro veremos...

—Sí, a la hora del peligro veremos...

Los dos interlocutores se hallaban en un cuarto amueblado con toscas sillas de madera blanca, una pesada mesa con una carpeta de paño azul, y en un rincón un catre con fina sobrecama y aseados almohadones. Era el aposento del capitán, el cual era hombre de mediana estatura, sumamente delgado y un tanto pálido; de manera que a primera vista se le podía creer débil, enfermo, é incapaz de llevar á cabo ninguna empresa militar.

El teniente Dávalos por el contrario, era alto, de anchas espaldas y muñecas gruesas. A su rostro, tostado y enrojecido por el sol, daban sombra un espeso bigote y unas alborotadas patillas, y sus ojos, algo torvos y hundidos, completaban el aspecto casi feroz de su fisonomía. La luz vacilante de una mecha de aceite chiporroteaba de vez en cuando, y entonces marcaba distintamente el contraste de las fisonomías de estos hombres que durante el diálogo que se acaba de referir, habían permanecido en pie uno en frente del otro. La escena pasaba en un pueblo del Departamento de Morelia, y es inútil decir que era la época de la independencia. El capitán, que se llamaba Luis Castillo, era uno de tantos hombres que armaba sus guerrillas y peleaban por su cuenta contra el gobierno español, y cuya memoria se ha estinguído con su vida, como la de tantos otros, que á pesar de verter su sangre por la libertad, la fortuna no les permitió que conquistaran un nombre en la historia.

El teniente, como se habrá conocido, no creía que un hombre de un físico tan débil como el capitán pudiera ser valiente en la campaña. El capitán, que acababa de ajustar á sueldo al teniente Dávalos, no había formado juicio exacto de sí su valor moral estaria en armonía con su constitucion física, y así ambos sin haber tenido ocasion de conocerse, se tenían en poco.

Mientras hemos hecho al lector estas cortas y necesarias esplicaciones, nestos dos personajes han permanecido en silencio: por fin el teniente lo rompió.

—¿Tiene mi capitán algo que ordenar? dijo con voz hipócrita y tomando un ancho sombrero jarano con forro de hule, que había dejado sobre una silla.

—Nada, por ahora, teniente Dávalos: mucho cuidado con la tropa; que los caballos coman bien, y á la gente esté lista, porque me temo

que dentro de algunos días tengamos mucho que trabajar.

—Muy bien, mi capitán.

—Si hay alguna novedad, que me avisen.

—Sí, mi capitán: conque adios.

—Hasta mas ver, teniente; á la hora de la diána estaré en el cuartel.

Los dos se dieron las manos.

—Este diablo de teniente es un *jayan*, dijo el capitán cerrando la puerta; poco faltó para que me hiciera astillas la mano. Puf, qué bárbaro; mas temo que sea una gallina en campaña: pronto lo hemos de ver.

—Este capitán, dijo el teniente al dar vuelta por un callejón oscuro del pueblo, es débil como un alfilerique: con un soplo lo derribaba yo al suelo. Y parece algo atrevido y baladron: pronto lo hemos de ver.

II.

LA ENFERMA.

Preocupado el capitán con la conversacion que acababa de tener con el teniente, y meditando en toda la malicia que había espresado con su risa sardónica y sus palabras equívocas, resolvió no acostarse, aunque eran mas de las once de la noche, y se salió á dar unos pasos por la acera de su casa, pues la noche era una de esas noches de la estacion del verano, y los colores de los árboles frutales que había en el pueblo venian de cuando en cuando con las ráfagas de una brisa fresca y deliciosa.

De esta especie de meditacion importuna y molesta, salió el capitán á causa de haber oido primero gritos, y luego quejidos, que parecia cesar alguna persona enferma y dolerosa. Fijó su atencion, y halló que tal rumor salia de una casa de pobrísima apariencia, situada frente á frente de la suya. Movido por un impulso de curiosidad llamó al asistente.

—Sabes, José, le dijo á su asistente, quién vive en esa casa.

—¡Omsi! qué no sabe su merced, mi capitán!

—No sé...

—Mi capitán que conoce á todas las muchachas bonitas del pueblo, ¿cómo ha de haber dejado de mirar á doña Pepita?

—¿Doña Pepita! ¿y quién es esa Doña Pepita!

—Toma, repuso José, es nada menos que una de las muchachas mas bonitas del pueblo; no hay mas sino que la madre, Dios la perdone, es una mala cabeza; suele beber vino, y entonces da terribles golpes á la niña.

—Y serian por esta causa los gritos que he escuchado!

—¡Eh! sin duda; ¡oyó su merced gritar!... pues seguro; era esa infernal vieja Gregoria, que martirizaba á su hija. ¡Ojos de bruja! Con razon nunca la he podido ver!

Los quejidos continuaban, en tanto que José,

el asistente, charlaba, y el capitán no pudo evitar el ir á la casa movido ya por la compasion, ya por la curiosidad. Apenas hizo un leve esfuerzo, cuando la puerta, que solo estaba detenida con una escoba, cedió, y el capitán se encontró en un cuarto amplio, con las paredes de adobe cenicientas y llenas de telarañas é insectos; el suelo sin enladrillado, y los únicos muebles que había era una gran caja pintada de encarnado, algunas sillas pequeñas amarradas con mecate, un tinajero con algunos platos y una tinaja de agua, de barro ordinario: una vela de sebo pegada á la pared alumbraba débilmente esta estancia y le daba un aspecto mas lúgubre, de suerte que el capitán se asustó al contemplar tal habitacion. Una ojeada le hizo descubrir una *muger* acostada en un rincón del cuarto que ronchaba como un lechón, y otra en el otro extremo que se quejaba dulcemente.

El capitán tomó la vela y alumbró una de las mugeres: era de rostro grueso amorado, de sus labios aun destilaba el licor, y su siseo inquieto y sus ronquidos procedian de los espíritus que habían trastornado su cerebro. El capitán apartó la vista disgustado.

La otra muger era una niña de diez y seis años á lo mas. Estaba acostada en un petate, tenia un buco y unos harapos de cabecera, y la cubria una tosa frazada. Su rostro era bello aunque encendido por la calentura; sus pequeños labios amaratados, y al derredor de sus ojos sobre los cuales estaba tendido su párpado, sombreado de negras y rizadas pestañas, había una linea cárdena. Se quejaba dulcemente y sus manos encarnadas y cadavéricas, como en actitud de rogar al cielo, se habían quedado encharjadas sobre su pecho de alabastro: un pequeño pié, aunque algo descarnado y amarillento, sobresalía de las ropas y reposaba sobre la tierra fria del pavimento. La niña hacia ocho días que en aquella situacion sufría una fiebre nerviosa.

—Esta debe ser la hija, y aquella infame la madre, dijo el capitán limpiándose una lágrima que le arrancó la contemplacion de la pobre criatura. Veamos, ó no hay justicia en el cielo, ó esta vieja lo debe pasar muy mal en la otra vida.

El capitán salió, y á poco regresó acompañado de José, que traía un catre, ropas limpias de cama, y almohadones. Con mucho cuidado levantaron á la enferma, la colocaron en la cama, le aplicaron unos sinapismos en los piés, la abrigaron mucho, conduciendo á la vieja á otro cuarto que había en la casa. Retiróse el capitán ya mas tranquilo y resuelto á prestar á la moribunda en cuanto amaneciese el siguiente dia, todos los auxilios necesarios.

De hecho, en cuanto amaneció, el capitán envió á buscar un médico, y una muger que se

encargara de asistir cuidadosamente á Pepita. Luego que vinieron, el capitán se dirigió á la casa, y tuvo el gusto de encontrar á la enferma un poco mejor. La vieja, á quien se le habían disipado los humos del licor, se hincó ante el capitán; lloró, pidió perdón á Dios, y prometió asistir á su hija con todo esmero. En efecto, vigilada por el capitán, cumplió su palabra, y el médico por su parte se portó bien, pues al cabo de diez días la enfermedad hizo crisis, y Pepita se vió fuera de peligro, aunque si estremadamente débil y estenuada.

Cuando la muchacha volvió al uso de sus sentidos su sorpresa fué grande. Recordaba, aunque vagamente, que su único lecho había sido una miserable estera, y despertaba por decirlo así, en una magnífica cama, y se veía rodeada de cuidados y atenciones. La cuidadora le hizo entender que todo lo debía al capitán Castillo; así es que la primera vez que este fué á informarse de su salud, Pepita quiso manifestarle su reconocimiento; pero no pudo, porque la voz se le anudó en la garganta, y el llanto nubló sus grandes y negros ojos.

—No hay que hablar de esto, Pepita, le contestó el capitán conmovido. Lo que he hecho con vd. lo haría con todo el mundo. ¡Voto á Dios! había yo de acostarme tranquilo en mi mullido colchón, mientras una linda muchacha se moría en el duro suelo? Guarde vd. lo que le he dado, pues su salud está delicada y necesita cuidarse. ¡Eh! y no hablar más de eso, ni llorar, porque le hará á vd. mal.

El capitán no omitió ningún gasto ni ningún género de cuidado para asegurar el completo restablecimiento de la niña, y empleó para esto tantas atenciones y cuidados, que Pepita no tenía palabras con que darle gracias, y solo cuando lo veía se le encendían sus mejillas de rubor.

III.

OTRA INFAMIA.

Dos meses después de la fiebre, Pepita era un serafín; la enfermedad bastante cruel y peligrosa sirvió para que después se desarrollaran sus proporciones físicas. Creció y se puso erguida, ligera, esbelta y flexible como una palma; sus mejillas llenas de salud y de vida, eran redondas, y de ese blanco transparente y delicado que se asemeja á las hojillas que están en el corazón de las rosas; sus ojos tomaron un brillo y expresión indefinibles, y sus pies y manos pequeñitos se tornaron perfectamente y llenaron de primorosos hoyitos, que también se le formaban en los carrillos, cuando abría para sonreír, sus labios aterciopelados y dejaba ver dos hileras de denticitos blancos incrustados en sus frescas encías de nácar. Pepita, repito, era más bella que los primeros lampos de luz de la

mañana, que los jardines de flores, que el crepúsculo de la tarde, que... solamente un ángel del cielo podía ser comparado á esa pura é inocente criatura.

De paso sea dicho, que el capitán tenía mucha parte en esta alegría y belleza de Pepita, pues no limitándose á cuidarla cuando se hallaba enferma, le había continuado enviando ropa y dinero, y eso con tal delicadeza, que en los meses apenas la había saludado dos ocasiones desde la puerta de su casa.

Una tarde de esas brillantes y diáfanas estaban sentadas en la puerta Pepita y en frente la vieja Gregoria; calculó á todas sus anchas lo hermosa que era su hija, y concibió un proyecto infernal, que no deja de ser frecuente en la clase baja de la sociedad, que no tiene ideas ningunas de moral. Gregoria resolvió vender á su hija.

Al día siguiente muy de mañana se dirigió Gregoria á casa de un rico hacendado, viejo de esos inmorales y disolutos que compran sus placeres con el oro.

—Buenos días, Gregoria: ¿qué vientos te traen por acá? ¿Estás ya mas humana? le dijo el rico sátrio, soltando una carejada que dejó ver á su boca con solo dos dientes negruscos y temblorosos.

—Venía yo á saber si su merced tiene siempre carito á mi hija Pepita.

—Ya sabes que la adoro, muger, y que sus desdenes no han hecho mas que encender mi amor.

—Pues entonces su merced me dirá....

—Ya te he dicho: proporcióname una entrevista, y estos doscientos pesos son tuyos.

El viejo sacó una bolsita con oro, y la sonó á los oídos de Gregoria.

Gregoria dejó ver en sus ojos colorados una expresión de una avaricia infernal, y luego dijo:

—Se conoce que su merced no tiene maldo al carito á mi hija.

—¿Por qué?

—Porque ese dinero es poco.

—Bien: doblaré la parada.

—Es poco.

—Doblaré la parada.

—¡Ochocientos pesos! contestó la vieja, después de un momento de reflexión.

—Ochocientos, vieja de Lucifer, contestó el viejo animado de un gozo siniestro.

—Está concluido el trato, repuso Gregoria, inclinándose á la oreja del viejo. Mañana á las doce de la noche, hora en que el capitán Castillo estará recogido, aguardo á vd.

—¡Y ese maldito capitán Castillo!

—Ha protegido á mi hija en su enfermedad, y aunque casi no la vé, tal vez....

—Convenido; á las doce.

—Dos palmadas muy suaves.

—Corriente.

—Ahora necesito algún dinero.

—Toma, miserable, toma, dijo el viejo arrojándole en el seno una bolsita de seda con oro. Si me engañas, te hago emparedar.

La vieja salió, y el sátrio, riéndose á sus solas y restregándose las manos de júbilo, se dejó caer en una enorme butaca de cuero.

IV.

LA PROVIDENCIA.

El simple relato de la conducta de la madre de Pepita, habrá hecho á los lectores llenarse de cólera. Este es un género de moral, expresado por decirlo así, de un modo nuevo y que se le debe al romanticismo. Basta presentar sencillamente una escena de esta clase para llenarse de indignación contra esas almas perversas que, chocando contra la moral universal, contra las máximas de la religión cristiana y hasta contra las costumbres establecidas en la sociedad, labran la desgracia eterna de las criaturas que tienen á su cuidado. Gregoria, entregada á un vicio detestable, trató de matar la existencia física de su hija, y no habiendo podido hacerlo, trataba de matar su existencia moral. Como queda dicho, por una desgracia, estos acontecimientos horrosos son frecuentes en el mundo, y mis lectores no encontrarán nada de inverosímil. Gregoria era necia, idiota, no tenía en el fondo de su alma, mas que un resto de superstición, y un instinto para hacer el mal. Así cuando salió de la casa del viejo sátrio, ni un solo remordimiento ni un solo pensamiento triste le vino á la mente. Pensó simplemente que encendiendo unas velas á la Virgen, y mandando decir unas misas al cura, se purificaba de su crimen, y por otra parte, pobre como era su hija, nadie se había de pensar con ella, y no se había de quedar para castigar santos; palabra sacrilega y profundamente horrible en boca de una madre.....

.....
Eran las doce de la noche; reinaba en el pueblo un profundo silencio, y como las calles estaban sin alumbrado, la oscuridad era completa. Un hombre embozado se deslizó entre las sombras, tocó suavemente una puerta. A la tercer palmada se vió brillar por la abertura una luz; el hombre entró, y la puerta se volvió á cerrar tras él. Todo quedó de nuevo en silencio.

.....
La perdición de Pepita estaba decretada, y se hallaba entre dos verdugos, que no le tendrían compasión.

El capitán, contra su costumbre, había permanecido en el cuartel entretenido con sus eter-

nas disputas con su teniente Dávalos, y poco después de las doce de la noche, se retiraba á su casa soñoliento, cansado de tanta charla del valentón. Acaso un presentimiento le hizo pasar por la puerta de la casa de Pepita; oyó gemidos, solluzos ahogados, blasfemias y juramentos proféricos con una rabia concentrada por una voz masculina. Empuja... la puerta cede... Pepita en cuanto lo reconoce se arroja á sus pies, y abraza sus rodillas.

—La Providencia, exclama llorando, envió á vd. la otra vez para salvarme la vida; la Providencia también manda á vd. ahora para salvarme el honor. ¡Capitán, capitán, han querido hacer una infamia conmigo!

El capitán comprendió al momento todo y dijo á Pepita:

—¿Te fías en mi honor, y en mi probidad?

—Sí, hacer lo que quieras.

—Pues bien, levántate y ven conmigo, abandona esta casa donde se te ha querido cubrir de vergüenza y de infamia; y vos, miserable viejo, salid al momento de aquí; en cuanto á vd., señora, continuó dirigiéndose á la madre, olvidé que ha tenido una hija.

El viejo había permanecido petrificado con la súbita aparición del capitán; mas recobrándose un poco lo asaltó un raptó de cólera, y sacando un puñal, de un salto se puso al alcance del capitán. Este, protegiendo con un brazo á Pepita, con el otro asió la muñeca del viejo, y la apretó fuertemente, de manera que le hizo soltar la arma, y hacer horribles gestos á causa del dolor.

—Infame seductor, le dijo, tened cuenta con que esta criatura es ya mi hija; si volvais á maquinarse contra su inocencia, no dejaré ni escombros de vuestra casa, y de vuestra hacienda. Salid.

El capitán condujo al viejo hasta el umbral de la puerta, y allí lo empujó violentamente, de suerte que fué á caer en medio de la calle; luego tomó del brazo á Pepita, y se dirigió á su casa con ella dejando á la madre encerrada con llave.

LA CENA.

El capitán Luis Castillo á pesar de lo que va expresado, no era hombre de la mejor moral en punto á mugeres. Joven, soldado y con algún dinero, siempre estaba metido en aventuras y escenas amorosas; pero la influencia que Pepita ejercía sobre él era increíble.

Es tan respetable la inocencia de una muger, é interesan de un modo tan vicio sus desgracias, que ciertamente no inspiran otro sentimiento que el del respeto. Casi desde la enfermedad de Pepita, el capitán la amaba apasionadamente; pero no queriendo abusar de la influencia que tenía sobre la muchacha á causa de

los beneficios que le había dispensado, jamás la había hecho la menor insinuación, y por el contrario la veía muy pocas veces.

Tres días habían corrido después de los sucesos que van referidos, cuando el capitán llamó á José el asistente.

—Dime, José, le dijo, ¿cómo le ha ido á Pepita?

—Ta, ta, no muy bien, mi capitán; la pobre niña ha llorado mucho.

—Eso es natural.

—Sí es natural, mi capitán, porque como ella dice, es una huérfana que no tiene mas amparo que Dios y mi capitán; pero cuando vuelva con su madre... Ya sabe vd., mi capitán, esa maldita vieja bruja, tiene el vicio de beber vino, y entonces ese otro hipócrita de D. Diego... y á propósito, mi capitán, no le parece á vd. bueno que en desquite de lo que quería hacer con la niña Doña Pepita, le demos un golpe á su hacienda. ¿Que caballos tiene el hijo de su madre! Sobre todo, hay en la caballería un prieto y un alazan que vendrían como de molde, para la silla de mi capitán.

—Mas adelante pensaremos en eso, José; por ahora dime, si has tratado bien á Pepita.

—Como á mi propio capitán. Buena comida, su botella de vino, el catre muy aseado, y yo pendiente de sus labios para servirla.

—Muy bien, José, muy bien, mereces que te dé una gala para que bebas aguardiente.

El capitán tiró sobre la mesa una media onza de oro: José la recogió y dió gracias al capitán: éste continuó:

—¿Y has oído hablar algo de mí?

—¿A quién, mi capitán?

—A Pepita.

—Bueno fuera que pudiera hablar. Apenas quiero mentar el nombre de vd., cuando sus ojos son dos fuentes de agua....

El capitán sonrió primeramente, y después fingió que tosía, y se volteó á limpiar una lágrima.

—José, ve á decir á Pepita, que me daría mucho placer en acompañarme á cenar, y si accede, has que pongan dos cubiertos aquí en este cuarto. Ve....

El asistente salió, y el capitán se puso á medir á grandes pasos el aposento. A poco volvió José.

—La señorita, dijo, viene ya, y la cena está en disposición.

—Bien, contestó el capitán, dispon la mesa, sirve la comida y déjanos solos.

—Buenas noches, capitán, dijo Pepita entrando al aposento, y echando sobre sus hombros un rebozo de seda, con que tenía la cabeza cubierta.

—Buenas noches, Pepita; mucho te agradez-

co que te hayas dignado acompañarme á cenar.

—Es vd. un poco cruel, capitán, tengo una queja que darle.

—¿Te habrá ofendido en algo?

—Sí, y mucho.

—Veamos, explícate.

—Hace tres días que estoy en su casa de vd. y no me ha visto.

—Era preciso dejarte sola, hija mía: tus pesares han sido grandes, tendrías necesidad de desahogarte, de llorar, de gritar tal vez....

—Es verdad, mucho he llorado.

—Ahora que te consideré mas tranquila te he convidado á cenar, y en lo de adelante si tú consentieses comeremos juntos.... José trae, según creo, un excelente pollo asado, una fresca ensalada.... Eh! no hay mas que resignarse á pasarla mal, Pepita; en casa de un hombre solo la comida no puede ser muy agradable.

José llegó en efecto, puso un limpio mantel, cubiertos, platos, vasos de plata, y colocó sobre la mesa unos manjares aromáticos, y que incitaban el apetito.

—José es una alhaja, dijo Pepita; si fuera vd. casado, capitán, no estaría mejor servido.

—José es un buen muchacho, respondió el capitán; y para mí tiene hoy una nueva recomendación.

—¿Cuál es?

—El haberte servido con esmero, y el tener por tí particular cariño.

—El pobre José! es verdad, ha estado pendiente de mi voluntad para servirme, y en todo esto no he visto mas que nuevas finezas del capitán.

—No hablemos de eso, Pepita, y piensa en otra nueva vida, en un porvenir mas halagüeño.

Pepita suspiró.

—Veamos: te diré mis planes respecto á tí, y puede ser te tranquilices con esto. Yo no tengo ni madre ni muger, mis parientes se han olvidado de mí, y yo de ellos: soy solo, completamente solo. ¿Consientes en ser mi hija?

—Será tan bondadosa que reemplace el vacío inmenso que la soledad ha dejado en mi alma!

—Capitán, el corazón generoso de vd. lo hace hablar así. Pero reflexione que va á perder su independencia, su libertad, que en lo de adelante será yo un obstáculo para sus campañas, para todo: una muger, capitán, es una carga muy pesada.

—Una muger, sí; pero un ángel como tú, Pepita! Mas déjame concluir. Decía que tú serás para mí cuanto hay en el mundo. La maldiciencia de las gentes, dirán que eres mi querida, que tú eres una muger ligera, y yo un seductor que he abusado de tu desgracia. Poco importa todo esto, con tal que tu conciencia esté tranquila y yo satisfecho de haber obrado bien. A

tu madre le daremos con que viva, ó por mejor decir, tú le darás, porque quiero que seas la dueña de cuanto tengo. ¡Lloras, Pepita, y por qué?

—De gratitud, capitán.

—¿Aceptas?

—¿Podría hacer otra cosa?

—Bien, me tiene: tú vivirás en los aposentos retirados de la casa, y yo aquí. Cuando estés de buen humor, cuando quieras, me harás compañía en la mesa. Por lo demas, eres dueña de tu voluntad, y me tratarás como á un padre, como á un hermano, como á un amigo, porque yo soy tu verdadero amigo. Serás tú mi hija, mi hermana.

Pepita tendió una mano al capitán, y éste se la besó respetuosamente. En seguida llamó á José y le dijo. —Pepita es la ama y la dueña de la casa; ordena á todos los criados que la obedezcan como á mí propio. En cuanto á tí, José, no tengo que recomendarte.

José inclinó la cabeza, y se retiró diciendo: —Como hay Dios, que me alegro de que la niña Pepita sea nuestra ama. Al fin tarde ó temprano el capitán había de haber traído una de sus comadres; vale mas que sea esta niña, tan buena y tan amable.

Si ha choceado á los lectores el lenguaje culto, y la educación esmerada de Pepita, que parece inverosímil cuando se ha dicho quién era su madre, les haremos una corta explicación. Pepita desde muy niña se había criado en una casa española, y aprendido cuanto se enseñaba en aquel tiempo, á la vez que su corazón se había nutrido con las máximas de una sólida virtud. Cuando estalló la guerra de independencia, la familia dispersa y emigrada uyo que abandonar á Pepita, así como á otras huérfanas que por caridad educaba. Pepita volvió al lado de su madre, muger brutal y viciosa, y el curso de esta historia ha dado á conocer la clase de vida y de peligros á que estaba expuesta.

VI.

LA ESCARAMUZA.

Una noche el capitán Castillo recibió un parte en que se le noticiaba que una gavilla de realistas estaba á cuatro leguas del pueblo, en la falda de una loma. Inmediatamente se dirigió al cuartel, dió todas las órdenes convenientes para la marcha, dejó la tropa al cuidado del teniente Dávalos, mientras regresó á su casa á cenar con la buena y amable Pepita, cuya dulzura y cuyo talento fascinaban cada vez mas y mas al capitán.

—Esta noche, le dijo, sentándose á la mesa, y procurando afectar alegría, será necesario que

yo me quede en el cuartel; así tú y José cuidarán la casa: ambos son valientes, continúo riéndose, y si vienen los enemigos serán rechazados.

—Y habrá inconveniente en que yo acompañe á vd. al cuartel, capitán?

—Acaso tendremos que salir, y entonces sería....

—¿No decía yo á vd. bien, capitán, que una muger estorbar?

—Lo que hay de cierto, hija mía, que antes era un motivo de regocijo para mí el batirme con los enemigos, y ahora tengo cierta pesadez, cierta repugnancia.... ya se ve, antes no tenía yo nada que me uniera con la vida, y ahora te tengo á tí, y por cierto no quería yo dejarte abandonada.

—Por mi parte tengo también cierto susto, cierto presentimiento.... ¿Qué, habrá acaso algunos enemigos?

—Sí, una partida muy corta, unos cuantos tiros los harán correr, y todo se concluirá en el momento.

—Pero, calle.... son las doc.... Adios, Pepita, le dijo el capitán, dándole un beso en la frente. José, mucho cuidado con la casa.

El capitán se fué al cuartel, la tropa estaba montada, y solo lo esperaban á él para ponerse en marcha; lo cual ejecutaron con mucho silencio, desfilando en hilera por las calles mas solas del pueblo. Toda la noche caminaron entre las tinieblas y los precipicios; á la madrugada avistaron la loma en cuya falda debía estar el enemigo. Cuando la luz comenzó á salir y el horizonte pintado de gualda y nácar, despidió la bastante para distinguir los objetos, el capitán reconoció al enemigo formado en batalla y dispuesto á resistir. —Eran como doscientos caballos; pero después de la conversacion que se ha referido del teniente Dávalos y del capitán, este no hubiera resultado un paso aunque hubieran sido docientos mil los enemigos. Dividió su fuerza en dos trozos. Con uno de cincuenta caballos determinó acometer el centro del enemigo y desorganizarlo, y el otro al mando del teniente Dávalos, serviría para flanquearlo y cortarle la retirada por el lado derecho, pues en el izquierdo había un barranco profundo; combinado así su plan, lo puso en ejecución con la prontitud de un relámpago. Antes de que el enemigo pensase en nada, el capitán ya había acometido su centro con los cincuenta caballos, y los dragones repartían golpes á diestro y siniestro como si fueran impulsados por una máquina de vapor. El enemigo desconcertado comenzó á dispersarse, y unos se rendían é imploraban compasion, otros dejaban su caballo y corrían á esconderse en la barranca; y otros mas resueltos se abrían paso